

público, que se echaba a andar por la ciudad en busca de una pieza para sus colecciones, o resistía una discusión diplomática de dos horas sobre los diferentes olores morales del petróleo. A esta sólida balanza del gusto, que también podía servir de ética, de estética y de metafísica en general, debía sin duda el no enmohecerse nunca en medio de los graves negocios del Estado. Sentimiento sin sensiblería, razón sin dogmatismo, cordialidad sin empalago, rapidez sin nerviosidad, alegría sin barullo. Siempre andamos los mejicanos soñando con estas fórmulas de la rotundez espiritual, del equilibrio en círculo. ¡Cuán pocos las logran! Yo acostumbraba decirle en broma que el secreto de su aplomo estaba en sus bien contados cien kilos. Pero este hombre gordo no era por eso muy pacífico, como el ventero de Cervantes: algo tenía de la abeja zumbona, algo de la ardilla y, en sus ratos de jugueteo, hasta de la bailarina rusa.

Modesto muchacho crecido en las imprentas provincianas, vino a Méjico cuando el poeta Enrique González Martínez se hizo cargo de la Subsecretaría de Educación Pública; fué algún tiempo secretario de la Escuela Preparatoria, y desde allí tomó sus primeros contactos con las letras de la capital. Hizo su aparición en ellas con una antología de poetas nuevos de Méjico no superada aún, insuperable acaso en el sentido en que una antología puede serlo: ejemplo de método, de exposición, de documentación, de claridad y de tino. Estrada estaba disponiendo la escena, arreglando el ambiente, antes de lanzar sus personajes.

Entretanto, la pluma activa daba de sí colaboraciones dispersas: tal sabrosa traducción de Renard, o trabajos de diversa índole en que saciaba su apetito de hombre del Renacimiento; estudios sobre los criaderos de perlas en la Baja California o sobre los ejemplares mejicanos en los museos de Europa, las municipalidades en la América española, las ordenanzas de los gremios en la Nueva España; mil noticias de bibliografía literaria, y, en medio de todo ello, un constante anhelo por coordinar el trabajo de todos, y poner de acuerdo las preguntas de uno con las respuestas del otro. Su *Visionario de la Nueva España* viene a ser como un *Gaspar de la noche* mejicano, y no creo que antes de él se haya logrado poner a contribución, con mejor efecto, todos los temas y motivos de nuestra imaginación colonial, de nuestra suntuosa y parsimoniosa «Edad Media», llena de virreyes, frailes y doctores, asuntos transportados por él a un ambiente, si vale decirlo, de disciplinada fantasía, de ensueño con bridas.

Funcionario en la Secretaría de Industria, había contribuido eficazmente a la reorganización de aquel departamento, y comisionado para cierta feria de Milán, había hecho su primer viaje a Europa (1920). Poco después pasó a prestar sus servicios a la Secretaría de Relaciones Exteriores, donde fué ocupando cargos cada vez más importantes, y por mucho tiempo desempeñó el de subsecretario encargado del despacho, en tanto que llegaba a ser titular de la cartera.

Madura el estilo y madura el alma; y he aquí, en el *Pero Galín*, uno de los libros más mejicanos que se hayan escrito. El hombre de Sinaloa, que llegó justamente a Méjico allá por los fines del Ateneo y por los comienzos de la Revolución, trae a nuestra literatura la riqueza entrañable de la provincia, el sabor del condimento nacional, que siempre las capitales pierden y diluyen un poco. Y, lo que es mejor, esta obra tiene al mismo tiempo una calidad humana general, un valor perceptible y traducible en cualquiera tierra. Porque Genaro Estrada era hombre de letras consumado, atento a los últimos libros y a las últimas ideas que llegaban de todas partes; y así podrá un día sorprender en Méjico a Paul Morand, preguntándole sobre novedades de Francia que aun no habían llegado a conocimiento de su huésped.

El *Pero Galín* es un libro que participa de la novela y del ensayo, donde han podido caber—injertos preciosos—muchos pedazos de realidad y algunos hombres que de veras existen, con su nombre propio y sus oficios reales. Por todas sus páginas flota un buen aroma, que halaga y alienta a leer. La precisión de idea y de forma causa una impresión de alivio. Hay en este libro dos aspectos bien discernibles: si nos inclinamos a Pero, tendremos el mundo de los anticuarios y colonialistas, tratado en una forma que nos hace suspirar por la «Guía del mejicanista» que hubiera podido escribir Genaro. La descripción del Volador—como más tarde la rápida evocación del mercado Martínez de la Torre en el estudio que precede al *Diario de un escribiente de legación*—es una linda página, en la mejor tradición de los cuadros enumerativos mejicanos, tradición que parte del mercado de Tenochtitlán pintado por Cortés. Ahora, que si nos inclinamos a Lota, tendremos la visión actual, cinematográfica, rauda sin ser vertiginosa, del mundo entrevistado por la ventanilla del

El caso de Hampden

... Pero para que un impuestofuera aceptado por los ingleses, no bastaba con que fuese útil; necesitaba ser votado por un Parlamento. Tal era la Carta de las libertades inglesas; tal fué la tesis que sostuvieron algunos ciudadanos, siendo el más ilustre John Hampden. El *sheriff* de su condado le pidió, por uno de sus dominios, treinta y un chelines seis, por otro veinte chelines de *ship money* (1637). El se negó, no por la suma (pues su fortuna era grande) sino por principio. «¿Veinte chelines hubieran arruinado a Hampden? No; pero el pago de la mitad de esta suma, en las condiciones en que le era pedida, convertíalo en esclavo». Se dejó llevar ante todas las jurisdicciones y si la Corte de la Tesorería lo condenó por fin, por siete votos contra cinco, la opinión pública lo absolvió. Los ingleses comenzaban a descubrir que el respeto de la ley puede llevar a grandes almas a la rebelión.

(De André Maurois, en *Historia de Inglaterra*, Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1937).

tren o desde el automóvil en marcha, las estaciones, las carreteras, las fronteras, las mezclas de pueblos, Los Angeles, Hollywood, y mañana. Unos preferirán aquello a esto o viceversa; pero yo estoy con el autor en haber querido casar estas dos cosas tan opuestas, y casarlas sin chasquido ni fragor ninguno, por arte del cariño entre sus dos personajes, que tiene más de amistad que de otra cosa. Entre uno y otro polo («côté de chez Pero» y «côté de chez Lota»), corren todos los matices intermedios del iris, y nuestro ambiente queda así definido por sus dos crisis terminales, y por aquella ondulación dialéctica que va de la una a la otra. De las manos de Pero Galín a las de Lota Vera mana y fluye el «tempo» mejicano en celeridad apreciable; y lo que era antigualla erudita en casa de Pero Galín, llega a ser asunto decorativo ultramoderno entre las raquetas de tennis de su joven amiga. Este libro sin pasión, desarrollado en una serie de cuadros y escenas encantadoras hasta llegar a la sencillez campesina del agua clara, ofrece entre sus pocas páginas tal trabazón de motivos mejicanos que se siente úno tentado de publicarlo con notas explicativas al pie y pequeñas disertaciones en el apéndice, no porque requiera exégesis, sino por las muchas sugerencias que provoca. Además, al andar del tiempo, la vida personal del autor había de encontrar ciertos cauces que parecían ya previstos en su novela, lo que comunica, tanto a su vida como a su novela, una nueva sazón, al menos para sus amigos más cercanos.

Cuando Genaro Estrada llega a ser jefe de la cancillería mejicana, da a nuestra política internacional una figura armoniosa, juntando miembros desarticulados y definiendo orientaciones. Su labor se caracteriza por una atención igual para todos los problemas a un tiempo, y por una inspiración patriótica cuya profundidad no puede apreciarse todavía, y que cuando se conozca en todo su alcance ha de conmover a los hombres de mi país. Queda bautizada con su nombre la que él quiso llamar «Doctrina mejicana», sobre la aceptación automática de todo gobierno que un pueblo amigo quiera darse, en oposición a la teoría clásica, la cual parece subordinar en este respecto la soberanía de los pueblos al «visto bueno» de las naciones extranjeras. Su manera de conciliar la realidad con el ideal, durante toda su gestión, alcanzó a veces una nitidez mental y una delicadeza moral que no son frecuentes.

Salió de la Cancillería para ser embajador en España, donde, al mismo tiempo que atendía a los negocios habituales, publicó una serie de cuadernos relativos a cuestiones de interés común entre ambos países, y echó una redada por los archivos y museos, levantando inventarios de piezas mejicanas y construyendo verdaderas monografías, como las que dedicó a *Las tablas de la conquista de Méjico* (de que también hay algunas en el Museo Etnográfico de Buenos Aires), *Las figuras mejicanas de cera en el Museo Arqueológico de Madrid*; y como el *Genio y figura de Picasso* o *El arte mejicano en España*, que ha publicado más tarde. A la colección de cuadernos de su embajada pertenecen